

Cada casilla tuvo en promedio 300 votantes. Decir que contar los 300 votos de la urna presidencial en una hora es bastante conservador. Una hora por 50 mil casillas son 50 mil horas. 50 mil horas entre 300 distritos son 160 horas. 160 horas entre días laborales de diez horas da 16 días.

El proceso de recuento de 16 días es manejable en cada distrito si hay responsables confiables e incluso procesos videograbados.



ENCUENTRO EN LA CASA DEL CHE

Se desbordan 24 ríos y lagunas en Veracruz; daños en 45 municipios

■ 28

Arrojan bombas molotov contra la casa de líder de maestros en Oaxaca

OCTAVIO VELEZ, CORRESPONSAL

■ 34

Cinco ejecutados en el DF; otros 4 en Michoacán, Guerrero y Tabasco

■ 29 y 32

México, entre los 10 países que más dinero aportan al Vaticano

■ 35

hoy

semanal

columnas

NAVEGACIONES • PEDRO MIGUEL	4
DOMINGO • ENRIQUE GALVÁN OCHOA	6
LOS DE ABAJO • GLORIA MUÑOZ RAMÍREZ	13
BAJO LA LUPA • ALFREDO JALIFE-RAHME	16
A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER	18

opinión

JOSÉ AGUSTÍN ORTIZ PINCHETTI	6
NÉSTOR DE BUEN	19
GUILLERMO ALMEYRA	20
JOSÉ ANTONIO ROJAS NIETO	23
JUAN CARLOS VALLEJO	25
ANGELES GONZÁLEZ GAMIO	32
CARLOS BONFIL	9a



El presidente de Venezuela, Hugo Chávez, dialoga con Fidel Castro en la casa museo situada en Alta Gracia, Argentina, donde el mítico guerrillero vivió en su infancia. Ambos mandatarios se encontraron ayer, luego de participar en la 30 cumbre del Mercosur, en la que los gobernantes sudamericanos acordaron las bases para impulsar la integración regional e impulsar a los más pequeños, según planteó el brasileño Luiz Inácio Lula da Silva al asumir la dirigencia del mecanismo de cooperación ■ Reuters

■ 22 y 26

EJE CENTRAL Plaza del Carmen



Todos los caminos llevan a Roma, todos los ríos mueren en el mar, todas las miserias mexicanas fluyen hacia la Plaza del Carmen: un rectángulo perfecto que tiene algo de puerto y de panteón.

Para encontrarla es necesario recorrer un laberinto de calles. Despojadas de sus fisonomías originales y corrompidas por el desorden, se han transformado en campos de batalla donde cada mañana los mercaderes levantan sus campamentos de plástico y se disponen a luchar contra el enemigo implacable: la miseria.

Los heraldos que anuncian el comienzo de las hostilidades son cumbias y reguetones que resuenan hasta en los campanarios; la estrategia elemental se basa en las leyes de la supervivencia; las armas son endebles mercancías desechables. La táctica de los combatientes consiste en pregonar más fuerte; su objetivo: resistir en las trincheras desarmables; su recompensa anhelada: alcanzar el futuro que comienza hoy y puede terminar mañana.

CRISTINA PACHECO

II

En esas calles, como en todos los campos de batalla, hay ruinas, muertos, heridos, enfermos, viudas, huérfanos, dementes. El más conocido es un hombre corpulento, con el rostro abotagado, los ojos que miran al vacío y la hirsuta melena hasta los hombros. Por las desgarraduras de sus ropas puede verse piel amoratada; en medio de su caótico discurso sólo hay una palabra comprensible: perdón, perdón.

Nadie sabe qué culpas atormentan a este hombre, pero cuantos lo ven se sienten responsables de su locura y tratan de limpiar sus conciencias ofreciéndole monedas. El no las codicia ni las recibe, ni siquiera las ve. Indiferente, deja que caigan al suelo. Alguien las atrapa y se aferra a ellas como a una tabla de salvación.

Mientras recorre su camino, el loco va sembrando el bien. Si lo supiera tal vez dejaría de repetir la única palabra

que sobrevive al extravío de su vocabulario: perdón, perdón.

III

En esa calle nada es lo que parece: el hueco desigual fue una ventana. La tabla apollillada fue un portón, la piedra invadida por el musgo fue una cornisa, en la hornacina la figura monstruosa —roída por la contaminación— fue un ángel, el bulto abandonado junto a un zaguán es una joven que descansa sobre un altero de trapos, la línea que ensombrece su frente no es un mechón, sino una cicatriz.

La muchacha vigila 11 jaulas destartadas que cuelgan en la pared donde exhibe sus mercancías: periquitos australianos, canarios, gorriones, tórtolas, petirrojos, palomas. Entre todas hay una muy hermosa. Su cauda es un abanico perfecto y su plumaje está salpicado de blanco y oro.

El ave despierta la curiosidad de los transeúntes y, en algunos, el deseo de comprarla: “¿Cuánto?”